

## DESNUDAR A LA PATRIA

Por la patria, sentida  
en los jazmines  
O en una vieja espada...  
J. L. Borges, *Otro poema  
de los dones*

No amo mi patria.  
Su fulgor abstracto  
es inasible.  
J. E. Pacheco, *Alta traición*

**Enrique López Aguilar**

**S**I algo me ha llamado la atención alrededor de los temas patrióticos es la incoherencia de la frase “la patria”, cuyo sustantivo procede del latín *pater, patris*, y designa, en su sentido general, a la tierra de los ancestros, de los padres. No cuesta mucho percibir su carácter patriarcal: más que a los dos progenitores, se refiere al conjunto de bienes y posesiones del padre, a su patrimonio y familia, incluido el reconocimiento de la línea hereditaria a través de las sólidas instituciones del mayorazgo y la primogenitura. Que la cultura moderna siga siendo, mal que bien, heredera de ese espíritu, explica que la tierra de los ancestros sea una *patria*. Sin embargo, la duda surge cuando nos damos cuenta de que para decir “patria” agregamos un artículo definido femenino: “la”. ¿Por qué *la* patria y no *el* patria?

No quiero repasar aquí la ardua reflexión de J. J. Bachofen (*El matriarcado*), en la que él expone una — todavía — incierta etapa matriarcal de la cultura humana ni las interesantes aportaciones de Fromm a propósito de lo mismo (*El lenguaje olvidado*), ni

los trabajos de Frazer (*La rama dorada*) o Graves (*La diosa blanca*) acerca de la zona mítica y antropológica donde se rastrean las capas más oscuras y profundas de la presencia femenina en los diversos estratos culturales, sino enfrentarme de nuevo a una obviedad perogrullesca: si la tierra suele identificarse con lo femenino (porque se embaraza y fructifica, porque es penetrada por el azadón que siembra las semillas, porque el hombre cree haber surgido de ella y de su barro o de sus otros frutos), y si hablamos de la “madre” tierra, ¿por qué la patria y no la matria?, ¿por qué esa sospechosa conciliación de lo femenino como adjetivo (la) con lo masculino como sustantivo (patria)?, ¿por qué pareciera que la concordancia gramatical también debe ser una concordancia semántica?

Más lo pienso y más creo que la patria es una matria: decir que patria es un sustantivo femenino me parece tan ladinamente conciliador como saldar problemas diciendo que da igual, que

no hay problema. Sin embargo, en español, lo relacionado con la madre es femenino y con el padre, masculino.

¿A qué viene toda esta digresión pseudo-filológica? A que, más allá de las palabras, la realidad no me consuela de las dudas antedichas: una de las primeras imágenes que tuve de la patria (de lo vinculado con el padre y sus tierras) fue la de una mujer frondosa cuya vestidura en franca retirada dejaba mirar dos golosos y agresivos senos; con una mano sostenía una bandera tricolor; su bello y perfecto perfil, tocado con un gorro frigio, parecía invitar a los hombres surgidos detrás de las barricadas a que la siguieran. ¿A dónde? Mi tambaleante inocencia suponía que a un festín sexual y multitudinario; estaba muy lejos de saber que esa imagen retomaba la convención de las victorias griegas (femeninas y desnudas del torso), que la mujer era la Libertad, que la pintura era de Delacroix, que se llama *La Libertad guiando al pueblo* y que su tema es una reflexión acerca de la revolución burguesa de 1830. Cuando supe todo eso no pude evitar los siguientes pensamientos: ¿por qué la Libertad (nadie me pudo quitar la idea de que ella era la Patria francesa) es una mujer (y, como toda mujer, frágil, voluble y coqueta, cual pluma al viento), que se cae de buena y no un hombre en edad senil, un patriarca o un atleta apolíneo apuntando hacia el destino? Nadie me supo dar una respuesta.

Con el paso de los años, creí vislumbrarla en tres imágenes que, al princi-



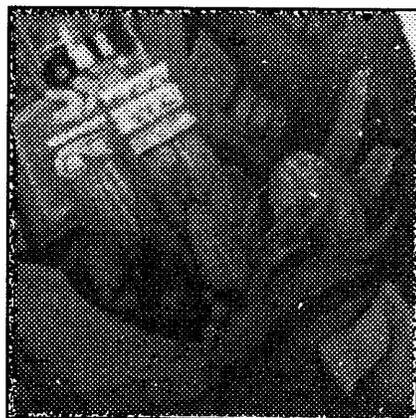
pio, no fueron muy claras. Así, recuerdo mi primer viaje a Xalapa para encontrarme con el poeta Ángel José Fernández; recuerdo la salida de la antigua estación de camiones de “ADO” y, a la izquierda, entre esa primera niebla con la que, a veces, la ciudad sabe recibir a sus visitantes, me topé con el monumento local “A la madre”, en la esquina de Ávila Camacho y Juárez. Durante la contemplación de ese conjunto escultórico (metal repintado de oro para simular el bronce sobre un pedestal ocre), lo único que pudieron articular mis trémulos labios, con toda lentitud, fue: “mamacita”. La joven madre ahí representada (vestido a-jus-ta-dí-si-mo, nalgona, cadero-na, tetona, exuberante: en pocas palabras, una chaparrita cuerpo-de-uva que todos quisiéramos para un fin de semana) me hizo comprender la pícaro frase con la que César Rodríguez Chicharro, verdadero motivo de ese viaje xalapeño, solía comentar el contraste entre el puritanismo de Xalapa y el descaro monumental de esa madre congelada: “don Enrique — me decía, con su cerrado acento madrileño —, la tía que está ahí es una madre edipicante”. Y sí, el retoño sostenido por sus brazos, sobre la cabeza, al que parece hacerle notar que no le queda más remedio que estar agradecido por los generosos pertrechos de la inminente alimentación, también me hizo preguntar, sin albur: “¿qué es lo que piensa hacer con ese chico?”.

La segunda imagen la pude apreciar durante el último viaje que hice a Mérida junto con Marta, bienamadísima. Al caminar a un costado del teatro “Peón Contreras”, durante una calurosa expedición en la que deseábamos arribar a la Plaza de Santa Cecilia para llegar al “Rincón Bohemio”, apareció frente a nosotros, refulgente y blanca, bella como una aparición antigua, la versión yucateca de la madre veracruzana: más recatada y casta, si cabe, pues no se mostraba con tanta proca-cidad, pero no menos opulenta: si la madre xalapeña puede alimentar, si-

multáneamente, a padre e hijo, la contundencia meridense no vacila en confundir la noción de cenote con la de senote: la madre yucateca es un poco menos provocativa que la veracruzana, pero sus aspiraciones son menos privadas, ya que muestra recursos para alimentar a quien se deje: *mater urbi et orbi, mammamus te*. Más adelante, durante el recorrido por la Ruta de los Conventos y la Ruta Puuc, nos topamos en cada pueblo (desde Izamal hasta Loltún) con ese acierto platónico corroborado en las diversas imágenes — pálidas, maltrechas y mal hechas — que recordaban al arquetipo visto en Mérida. Lo único que no varió en ninguno de los casos fue la dimensión mamaria de la susodicha.

¿Por qué he mencionado cosas que no parecen tener que ver con la patria? Porque todo adquirió sentido un día que salí del Palacio de Minería, después de dar clases de literatura (antes de describir esa tercera imagen, debo aclarar que la convergencia ocurrida entre Minería, el *art nouveau* del Munal, el “Caballito” y el Edificio de Correos, especialmente si es vista en dirección oriente-poniente, bajo la lluvia y en compañía de la pintora Begoña Zorrilla o la fotógrafa Josefina Rodríguez, me parece parte de un rincón de Viena: al fondo se perciben un costado del Palacio de Bellas Artes y la fronda súbita de la Alameda. El caso es que esa visión nunca dejó de hacerme pensar en la Michaelerplatz y el Hofburgtheater, de apariencia tan semejante desde la época en que Mo-

zart estrenó *Don Giovanni*). En la esquina oriental, bajo una atmósfera que, vaya uno a saber por qué, me parece extremadamente europea — Madrid, París o Viena pero Ciudad de México —, hay un puesto de periódicos sobre la calle de Tacuba y en él me topé con esa colección de calendarios ilustrados con óleos de Helguera, abundantes en figuras autóctonas: “Nobleza indígena”, “Joven maya”, “Matrimonio náhuatl”, “La leyenda de los volcanes”: hombres casi griegos — pero indígenas — y mujeres morenas, todas chichis, caderas y volúmenes impúdicos en actitudes sugestivas. Durante esa ojeada distraída a los artículos del puesto de periódicos, estuvieron, de pronto, Delacroix, Xalapa y Mérida, la patria y las madres monumentales, las imágenes de la raza volcadas en mujeres lánguidas y nahuatlacamente fatales bajo la concepción de un dibujo muy cuarenta y cincuenta. En ese momento me dije: “eso es, casi, la patria”. Y creo que, por

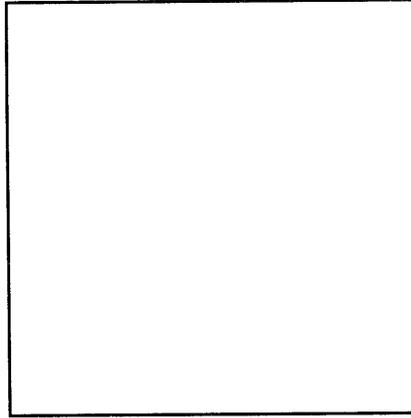


primera vez, me di cuenta de que había acentuado el artículo femenino.

Podría sugerir que mi conciencia de la patria ocurrió en ese momento para llenar de significación lo que pertenece al desorden de la memoria, pero mentiría: más adelante tuve que hacer un recuento de cuáles habían sido mis primeras memorias de alguna idea de "patria" y tuve que admitirlo: los libros de texto gratuitos de la primaria. Recuerdo que los de primer y segundo año tenían monitos, supongo que para hacer más accesible el conocimiento a los niños; en cambio, los dibujos de los libros de tercero a sexto se iban volviendo cada vez más figurativos. Por ahí, perdido entre esas páginas de historia, estaba Benito Juárez, niño, tocando la flauta desde el lago de Guelatao, sobre una montaña: el pastorcito, casi Rey David y futuro Presidente de la República, asestaba su humildad de escalador burgués — casi Julián Sorel mirando Besançon — frente a los ojos sorprendidos de los lectores niños. Sin embargo, la imagen más luminosa de esos libros es la de la Patria representada en sus portadas.

Sé que, en algunas escuelas, las monjas y los curas obligaron a los alumnos a rellenar con pluma o lápiz el amplio escote de la Patria mexicana. Creo que eso equivalió a una muda caricia hecha de tinta y a la conciencia previa, en la infancia, de la sexualidad de esa mujer, tan cercana, por lo que dejaba adivinar y transgredía, a la *Diana cazadora* de Olgübel: durante el sexenio de Ávila Camacho, la escultura tuvo que padecer unos calzoncillos metálicos sostenidos con tres puntos de soldadura sobre el pubis.

Esa era la Patria, pero debo decir que su presencia coincidió con mis premuras libidinales y los primeros descubrimientos de que, ¡oh, sorpresa!, la mujer es distinta: la otredad se materializaba en formas tan carnales e inminencias de botella de coca-cola como Gina Romand, Zulma Faiad, Emily Kranz, Claudia Islas, Fanny Cano o Alejandra Meyer: las profetisas del bikini que inscribían su mensaje revelado en *Figaro*, *Caballero*, *Ja-já* o *Diversión*.

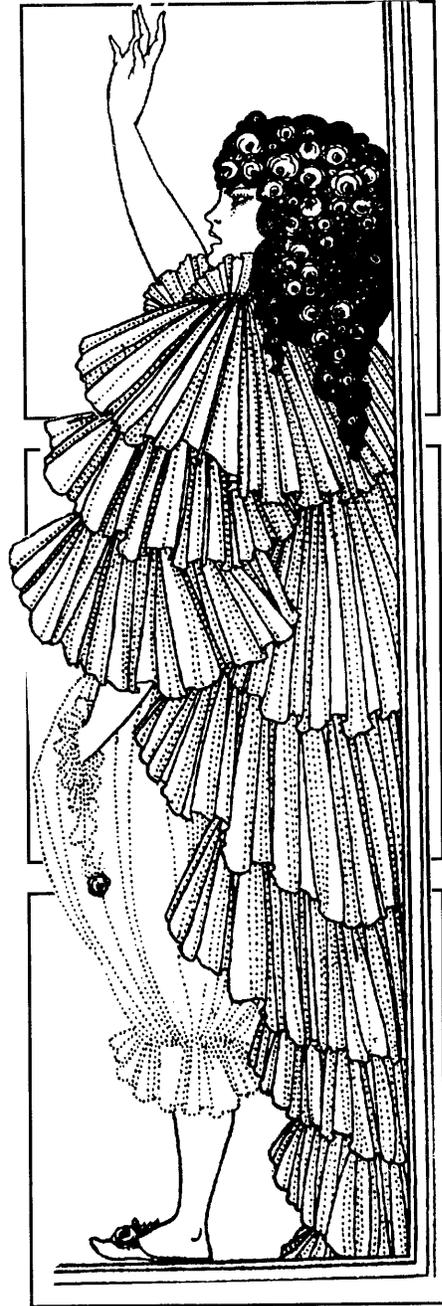


En mi caso personal, sin ruborizarme, puedo decir que intuí la sexualidad a través de los libros de texto gratuitos. Mi imaginación, si hubiera tenido discurso para hacerlo, hubiera querido transformarlos en libros de sexo gratuitos. Las razones me parecen claras, pero no faltará quien diga: ¿cómo ocurrió tan inmoral acontecimiento, digno de una defenestración legislativa o de una condena pú(b)lica? Para evitar los malos entendidos y la sospecha cívica, expondré lo ocurrido, con brevedad, en las siguientes líneas.

(Omito deliberadamente otras formas de encuentro con la patria: los viajes infantiles al Centro; las narraciones de mi padre en las sobremesas o las crónicas de su experiencia durante la Revolución; las historias de los cristianos clandestinos y del padre Pro contadas por mi madre; las jornadas cívicas durante las fiestas patrias; la ruptura con una lejana novia, un 15 de septiembre; la muerte de mi padre — hubiera sonreído, de saberlo — un 16 de septiembre; la entrevisión de mi muerte un 20 de noviembre...)

Creo que lo que me pasó fue un viaje de la Patria a la mujer y de la mujer a la poesía: ¿por qué la patria siempre se me hizo tan femenina? Creo que la respuesta la ofrece Ramón López Velarde, con verdadera poesía, en su *Suave Patria*:

Suave Patria: permite que te envuelva en las más honda música de selva con que me modelaste por entero al golpe cadencioso de las hachas, entre risas y gritos de muchachas y pájaros de oficio carpintero.



Suave Patria: te amo no cual niño, sino por tu verdad de pan bendito, como a niña que asoma por la reja con la blusa corrida hasta la oreja y la falda bajada hasta el huesito.

La patria lopezvelardeana es suave e íntima y su novedad radica en que está alejada de los clarines cívicos y de la estridencia militar: tal vez eso explique la coincidencia de mi intuición previa de la sensualidad y de la mujer

a través de las representaciones patrióticas. No me cuesta trabajo admitir que entre los nueve y los dieciséis años la euforia hormonal impidiera mi discernimiento entre Elvira Quintana y la Patria, pero mi despertar al sexo no estuvo muy alejado de la crucifixión entre la sensualidad y pecado que tanto atormentó a López Velarde. Por lo menos, mis paseos entre los abismales declives de las, ¡ay!, concupiscentes carnes de papel y tinta de Isela Vega no difieren, más que en matices de lujuria y esencia poética, de la siguiente hipálage del poeta jerezano:

Sobre tu Capital, cada hora vuela  
ojerosa y pintada, en carretela...

Borges amplía esta explicación: la patria se puede sentir en el perfume de una flor (la suavidad lírica) y en una espada (el épico pasado). Creo haber compartido esa embriaguez patriótica al caminar de noche, después de una tormenta, por las calles del centro de Mérida. Quien lo haya he-

cho de la misma manera, tal vez entienda el desmayo de flotar entre el perfume de las hueledenoche: por memorable, la huella de ese olor en esas calles blancas se acomoda más fácilmente en mis entrañas que los vibrantes y viriles discursos volcados con toda su demagogia sobre las cabezas ciudadanas durante la noche del Grito. ¿Por qué? Borges también lo ha dicho: “ser argentino es un estado de ánimo”. Para mi “mexicanidad”, prefiero el estado de ánimo que me acerca a un camino yucateco bordado de selva y navegado por mariposas amarillas y blancas, o el que me lleva a la contemplación del río Grijalva desde los muros de Chiapa de Corzo, o el de los sabores de burritos y agua de lima en el mercado de Guanajuato, o el de un mercado atendido y asistido por mujeres en Teotitlán del Valle a las cuatro de la mañana, o el de la magia de los aguacatales y ceibas volviéndose arquitectura en La Antigua, o el rasguído tristón de los boleros y los violines festinando un



huapango... lo demás, parafraseando a Borges, hace de la patria “un curioso abuso de la estadística”.

Llegando a este punto, más allá de sexo, paisajes, comida, música y palabras, quisiera agregar otras dos transgresiones que me llevan a la idea de patria.

La primera es que, así como creo que hablar español significa pensar, sentir, amar, comer y morir en español, lo mismo creo de la “mexicanidad”: no puedo eludir el hecho de pensar o comer en mexicano, ni siquiera cuando degusto caviar o el *Quinteto con clarinete*, de Brahms. Tal vez, lo inteligente sea aprender del cosmopolitismo: disfrutar de lo “ajeno” con los matices que imprime el accidente de haber nacido aquí.

La segunda implica a José Emilio Pacheco: la patria no es el resultado de una decisión política ni de un argumento chovinista ni de un discurso manipulador, sino del acontecimiento de que mis amores, amigos, familia, afectos, muertos, la atmósfera que respiro y mis paisajes cotidianos estén en México: ellos son mi patria y por ellos daría la vida. Bajo este rubro inscribo una serie interminable de memorias que incluye a las parejas a las que he amado y cuyos nombres, por pudor, me callo; a mis muertos entrañables (burla burlando, ya van seis delante); al hecho de que aquí fue donde conocí personalmente a Borges y Cortázar, a Paz, Sabines, Bonifaz Nuño, José Agustín y José Emilio Pacheco...

En este momento, mi patria vive aquí, en el sur, presidida por el Ajusco y su viento frío con olor a pinos que recorre los rumbos de Contreras por la noche; aquí, en esta obstinada memoria que no puede olvidar que en 1985 —ya parecen muchos años— la ciudad se destruyó irrevocablemente por culpa de un temblor; aquí, en la costumbre de asistir a la asamblea de un Taller de Escritura que hilvana una de las querencias consuetudinarias de mi corazón; aquí, donde se arraiga el más misterioso de los acontecimientos patrios porque en este lugar me pierdo, día con día, en la luz con que me mira la mujer que amo.

